

---

## EDITORIAL

---

# La guerra del Golfo ¿ha terminado?

---

*El 28 de febrero nos despertamos con una noticia esperanzadora: El Presidente Bush había decretado el cese de las operaciones militares contra Irak. 209 días después de la invasión de Kuwait y seis semanas después del comienzo de la ofensiva aliada, la guerra ha terminado. Pero el fin de una guerra no equivale, automáticamente, al establecimiento de la paz. La paz está por construir. Y no es tarea fácil.*

*La gran tarea abierta tras el cese de las hostilidades es la reconstrucción. Dos países Irak y Kuwait, han quedado materialmente devastados porque la lógica de la guerra, por mucho que se quiera someter a la razón, siempre es de violencia y destrucción. Sabemos que una gran parte de la infraestructura viaria e industrial ha sido objeto directo de los bombardeos, y que otra parte ha sido gravemente dañada por iniciativa del mismo Sadam Hussein. La espiral de la violencia es implacable, hasta el punto de que la violencia llega a convertirse en un fin en sí mismo.*

*Falta todavía una evaluación económica de estos daños materiales. Se habla ya de importantes planes para canalizar hacia estos territorios los recursos económicos necesarios. Para unos se abre con ello una oportunidad para realizar nuevos negocios (aunque quizás menos trágicos que la venta de armas, que ha hecho posible la agresión de Irak sobre Kuwait); para otros estamos ante una ocasión de mostrar la solidaridad entre las naciones, si es que después del enfrentamiento queda aún capacidad para creer en ella.*

*En todo caso la reconstrucción de los daños materiales no es imposible. Otros daños, en cambio, son irreparables y en modo alguno cabe hablar estrictamente de reconstrucción. Los medios de comunicación han abundado en testimonios del grave deterioro ecológico de toda la zona. Se habla de muchos años para alcanzar un saneamiento total del medio ambiente. Menos prolijos han sido los medios en ofrecer datos sobre pérdidas humanas. Ahora ya se empieza a hablar de cifras: entre 80.000 y 100.000 muertos, muchos sin duda de entre la población civil. Y nada sabemos, por el momento de heridos y mutilados de guerra, de familias destrozadas, etc. Todo esto es irreparable...*

---

## Editorial

---

*Irreparable es también el deterioro de las relaciones entre los pueblos. La hostilidad de los árabes hacia los judíos y hacia Occidente no ha nacido con la guerra del Golfo. Pero ésta ha supuesto una profunda humillación para toda una raza, que se añade a la tortuosa historia de las relaciones entre pueblos islámicos y pueblos de tradición cristiana, de ahí que sea una experiencia difícil de asimilar. Durante las seis semanas que ha durado la ofensiva hemos asistido a una especie de esquizofrenia: la razón política ha dividido a los gobiernos árabes, alineando a algunos de ellos con las fuerzas contrarias a Sadam Hussein; a nivel popular, en cambio, las manifestaciones anti-occidentales han sido impresionantes, amenazando en algunos momentos con escapar a todo control. Quizás en los cálculos que se hicieron antes de desencadenar la ofensiva no se tuvo en cuenta este factor, más difícil de evaluar que la capacidad de las fuerzas militares. Ahora, cuando la guerra ha terminado, esta herida está más abierta que nunca.*

*Pero no se acaban ahí los daños. También la verdad ha quedado maltratada. Han desaparecido hábitos que creíamos definitivamente desechados: ha vuelto la censura, se nos dice que han sido difundidas imágenes que no correspondían a los hechos, se ha construido una imagen de la guerra y de sus principales protagonistas que distorsiona la realidad. Una vez acabado el conflicto, se ha confirmado la sospecha de que seguíamos siendo manipulados por unos medios de comunicación al servicio de determinados intereses. En esta misma línea se ha cultivado la "filosofía Rambo"; los mismos medios se han recreado en la destrucción, como queriendo provocar en nosotros un sentimiento de admiración hacia la técnica armamentista y alimentando al mismo tiempo el culto a la superioridad colectiva, no sólo tecnológica sino incluso racial.*

*Una vez concluida la guerra hay que pensar en el futuro, poner en marcha iniciativas para hacer frente al desastre económico, ecológico, social y humano que nos ha quedado como herencia. Pero ni esta preocupación por el futuro, con todo lo que tiene de apremiante, ni la sensación de alivio que sentimos cuando ha desaparecido la pesadilla de la guerra, son razones suficientes para que nos olvidemos del pasado. Aun ahora no es supérfluo preguntarse: ¿Valió la pena la guerra del Golfo?*

*La moral católica contemporánea ha sido cada vez más estricta en cuanto a las condiciones para legitimar una guerra. El Vaticano II recogiendo la fecunda herencia de la encíclica "Pacem in terris", afirmó de manera programática: el carácter actual del armamento militar y de la estrategia bélica "nos obliga a examinar la guerra con mentalidad totalmente nueva" ("Gaudium et spes" 80). En el fondo de estas palabras se esconde la convicción de que la guerra, tal como hoy se entiende y se desarrolla, es por principio injustificable.*

---

## Editorial

---

*La amenaza del estallido bélico en el Golfo, primero, y la guerra misma, después, nos ha obligado en estos últimos meses a volver sobre esta doctrina. Y hay que constatar una abierta discrepancia entre los poderes políticos de Occidente, que han encontrado motivos más que suficientes para apoyar la guerra, y la voz oficial de la Iglesia, que se ha manifestado muy significativamente en contra de ella. La han rechazado sin paliativos ni matices, tanto el Papa, como los obispos americanos (testimonio importante por la especial implicación de este país en el conflicto), como los españoles (citemos, en concreto, la extensa carta de los obispos de la provincia eclesiástica de Granada, así como la nota de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, hecha pública cuando ya la guerra había terminado). Pero es cierto que otros episcopados de países directamente implicados en la guerra no han tenido una postura tan firme.*

*La alegría que brota ante el final de las hostilidades y el deseo de olvidarnos cuanto antes de algo que a todos nos avergüenza como miembros de la gran familia humana, no justifica el que eludamos una evaluación de lo que ha sido la guerra del Golfo Pérsico. Y la doctrina moral acude para enjuiciar la licitud de la guerra a dos tipos de criterios: unos se refieren a la declaración misma de guerra, el otro, a la forma de desarrollarla.*

*Apenas conocemos detalles del desarrollo de la guerra. Pero seguro, y hay que congratularse de ello, que las armas químicas no han llegado a utilizarse. Pero los bombardeos son armas convencionales que han sido implacables y devastadores. Es cierto que el ejército aliado ha puesto toda la sofisticación de las armas modernas al servicio de unos bombardeos selectivamente orientados a los objetivos militares. Pero ¿cómo establecer la frontera entre objetivos militares y objetivos civiles? ¿hasta dónde se puede garantizar la precisión de las armas? Las decenas (¿centenas?) de miles de muertos que se anuncian no dan pie para un excesivo optimismo. El grado de destrucción de las ciudades más importantes (Bagdad, Basora, la ciudad de Kuwait) hace sospechar que el término "objetivos militares" se ha interpretado de forma muy amplia.*

*Pero más graves son las dudas en cuanto a la declaración y a la iniciativa de la guerra. Nadie niega que existía una causa justa para ella, era una guerra defensiva (la única que la doctrina actual contempla), como respuesta a una grave agresión a los derechos de un pueblo. Muy cuestionable es, en cambio, si se habían agotado todos los medios de negociación y de presión antes de optar por esta solución extrema (¿tan inaceptable era el plan Gorbachov, en su última versión para evitar la ofensiva terrestre?). Esta condición es hoy tanto más exigente, cuánto más problemática es la proporcionalidad entre el bien que se quiere conseguir y los costes que ello conlleva. A todas estas dudas se une la ambigüedad*

---

## Editorial

---

*del protagonismo americano en todo el conflicto y la manipulación de que han sido objeto las Naciones Unidas. Es difícil aceptar hoy que un solo país se erija en garante del orden internacional sobre todo cuando la historia ha demostrado (y en el caso de los Estados Unidos, con creces, si no, véase su actitud ante las repetidas violaciones de la resoluciones de la ONU por parte de Israel) cuán discriminatoriamente se ha ejercido esta función (una función que nadie le ha encomendado, por otra parte).*

*El final del enfrentamiento entre los bloques, al que hemos asistido con profunda y justificada esperanza, pone sobre el tapete con renovada urgencia la viabilidad de un orden mundial basado hasta ahora en el equilibrio de fuerzas. De nuevo aquí cobra vigencia un antiguo postulado de la Iglesia, machaconadamente repetido por Pío XII tras la última conflagración mundial y recogido luego por Juan XXIII y por el Concilio que no hay orden internacional justo y estable ni paz duradera, si no se apoya en un orden jurídico respaldado por una autoridad mundial reconocida por todos y con poderes efectivos.*

*Porque la guerra ha sido un episodio más de la confrontación Norte-Sur, donde una vez más los pobres han sido vencidos. Llama la atención cómo los pueblos del Tercer Mundo (no siempre secundados por sus gobiernos) se han alineado espontáneamente con Irak: lo han hecho, más que por simpatía hacia las pretensiones de Sadam Hussein, por su oposición a que en el mundo se siga imponiendo el Norte prepotente, de acuerdo con la implacable ley del más fuerte. Por eso, al concluir el conflicto, parece imponerse la convicción de que la violencia bélica no ha resuelto los grandes problemas de fondo. Ni siquiera los ha dejado intactos. Se han agravado. De ahí la fuerza con que se vuelve a manifestar la exigencia de un nuevo orden internacional, construido sobre el reconocimiento de la igualdad de todos los pueblos. Ojalá que, de entre las cenizas de la guerra, emerja una verdadera voluntad política de construir entre todos ese orden de paz basado en la justicia y en los derechos de los pueblos.*